

Al tiempo que envejecía y crecía en influjo y dignidades, la admiración por su inmenso talento llegó a tomar en el país ciertas formas de expresión, propias sólo de la religión y del amor. Cuando fué Presidente del Consejo había devotos que extendían con unción la mano sobre el pecho, miraban al cielo hasta poner los ojos en blanco, para murmurar piadosamente: «¡Qué talento!» Y había enamorados que cerrando los ojos y recalando un beso en las puntas apiñadas de los dedos, balbuceaban con languidez: «¡Ay, qué talento!» ¿Y para qué ocultarlo? Había otros a quienes aquel inmenso talento irritaba amargamente como un excesivo y desproporcionado privilegio. A estos los oí yo gritar con furor dando patadas en el suelo: «¡Demonio, lo que es tener talento de más!» En tanto, Pacheco no hablaba, sonreía apenas. La cabeza cada vez se le tornaba más grande.

No he de recordar su incomparable carrera. Basta con que mi caro señor Mollinet recorra nuestros anales. En todas las instituciones, reformas, fundaciones, obras, encontrará el cuño de Pacheco. Portugal todo, moral y socialmente, está repleto de Pacheco. Todo lo fué y todo lo tuvo. ¡De seguro que su talento era inmenso! ¡É inmenso se manifestó el reconocimiento de su patria! Pacheco y Portugal, por lo demás, necesitaban insustituiblemente uno del otro, y ajustadísimamente se completaban. ¡Sin Portugal, Pacheco no habría sido lo que fué entre los hombres; pero sin Pacheco, Portugal no sería lo que es entre las naciones!

Su vejez ofreció un carácter augusto. Perdió el cabello radicalmente. Todo él era cabeza, y más que nunca revelaba su inmenso talento, aun en las cosas mínimas. Me acuerdo muy bien de la noche (siendo él Presidente del Consejo) en que, en la sala de la condesa de Arródes, alguien, con ansia, deseó conocer lo que pensaba su excelencia de Cánovas del Castillo. Silen-

ciosamente, magistralmente, sonriendo apenas, su excelencia, con mano grave, dió rápidamente un corte horizontal en el aire. En torno de él se elevó un murmullo de admiración. En aquel gesto, ¡cuántas cosas sutiles, hondamente pensadas! Yo, por mí, después de mucho cavilar, lo interpele de este modo: «Mediocre, mediana talla la del señor Cánovas!» ¡Porque, habrá usted notado, mi caro señor Mollinet, cómo aquel talento, siendo tan vasto, era al mismo tiempo tan fino!

Reventó; quiero decir, murió su excelencia casi de repente, sin sufrimiento, en los comienzos de este invierno. Iba precisamente a ser nombrado Marqués de Pacheco. Toda la nación le lloró con infinito dolor. Yace en el alto de S. Joao, bajo un mausoleo, en el que por sugestión del consejero Acacio (en carta al *Diario de Noticias*) fué esculpida una figura de Portugal llorando al genio.

Meses después de la muerte de Pacheco, encontré a su viuda en Cintra, en casa del Dr. Videira. Es una mujer (aseguran amigos míos) de excelente inteligencia y bondadosa. Cumpliendo un deber de portugués, lamenté ante la ilustre y afable señora la pérdida irreparable, que era suya y de su patria. Mas cuando, conmovido, aludí al inmenso talento de Pacheco, la viuda de Pacheco levantó con brusco espanto los ojos que conservara bajos, y una fugitiva, triste y casi apiadada sonrisa frunció las comisuras de su boca descolorida.: ¡Eterno desacuerdo de los destinos humanos! ¡Aquella mediana señora nunca pudo comprender a aquel inmenso talento! Créame, mi querido señor Mollinet, su muy devoto,

FRADIQUE

De la obra *Epistolario de Fradique Mendes*, de EÇA DE QUEIROZ. De venta en la librería LECTURA BARATA, de Falcó, Zeledón & Cía.

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 2 de la última página. Le interesa.